

Viejos y jóvenes (Reflexiones de un «viejo»)

No descubro secreto alguno al decir, por escrito, que las

relaciones entre jóvenes y viejos han sido, más de una vez, objeto de mis reflexiones y preocupación; y también de mi desconcierto, sobre todo ante las reacciones de los jóvenes, y los cambios que he presenciado en jóvenes que lo fueron hace años, y hombres maduros o «viejos» prematuros que, algunos, son hoy. Otros habrán percibido en mí los mismos cambios y parecidas reacciones. Lo cual sólo prueba lo muy semejante que somos o llegamos a ser los hombres.

Pero no había conseguido dar expresión, ajustada, a la vez que discreta, de tales reflexiones hasta leer en Santayana (*The Life of Reason*, pág. 11) una frase que venía de molde y moldeaba, lo vago, gelatinoide y errabundo de mis consideraciones: «Los filósofos han dicho a veces que todas nuestras ideas vienen de la experiencia; de ser así, nunca hubieran podido ser poetas, y han debido olvidarse aun de que fueron, alguna vez, niños».

Los *viejos* decimos, no a veces, sino machaconamente siempre, que la sabiduría —vital, política, social, filosófica, científica, universitaria ... -- viene y se adquiere con la experiencia, con los años —claro que con los nuestros; de los 40 a los 70, para ser entre exacto y sincero. De ser las cosas a í, ya no podríamos ser poetas —inventores, innovadores, revolucionarios, genios ... —; sino conoedores —de museos: ideoló-

gicos, sociales ... —; y m strariamos, con ello, haber olvidado, si es que lo supimos, el haber sido, alguna vez —allá, hace años ... —, *niños y jóvenes*.

Dejemos, compasivamente, de lado a esos niñitos de cien años a los «*pueri centum annorum*» de que nos habla la Biblia— que nacieron «*viejos*»: modositos y fundamentosos; y pasemos de largo, avergonzados, ante ciertos jóvenes, pre-maturamente viejos: sensatos y «*modelos*», contrapartida de los viejos «*verdes*».

Convengamos, aunque a algunos no nos gusten, en un conjunto de aforismos:

Primero: Eso de que «la experiencia, los años, sea la madre de la ciencia» es frase típica, inventada por los «*viejos*»; jamás, por los jóvenes.

Segundo: Que «la experiencia sea madre de la ciencia» es afirmación que sólo convence a los viejos.

Tercero: Que tal frase ni nos acudió, y meiros nos convenció, cuando fuimos jóvenes —y la oímos de los viejos, aun de *nuestros* viejos.

Cuarto: Que nos duele en el alma y en el *cuerpo* no ser ya jóvenes.

Quinto: Que la envidia por la juventud —de alma y de cuerpo— desde tersura de piel, por ... , hasta ... , es un vicio capital, sólo contraíble por *viejos*, y disimulado por procedimientos de *sublimación*.

Sexto: Que los «*elíxires de juventud*» —sea dicho en fórmula de romántico decoro—, son cosa para *viejos*.

Séptimo: Que esotro de *elíxires de vejez* —de cordura, experiencia, moderación, reflexión ... —, no hay modo de hacérselos tomar a los jóvenes, mientras lo son.

Octavo: Que eso de *Juventud, divino tesoro; te vas por no volver*; sólo lo dicen los ex jóvenes, es decir: los viejos.

Noveno: Que, al decirlo, los viejos no sacamos nunca las secuelas: *luego hemos perdido un tesoro divino; luego no podemos pretender que los jóvenes nos tengan por divinos, luego los jóvenes no tienen el deber de obdecernos ni como Dioses ni como a diosecillos*.

Décimo: Que a quien perdió eso de ser *divino*, sólo le queda el poder ser *humano*, e hacerse *hombre*.

Undécimo: Que ser humano, hacerse *hombre* es difícil tarea, emprendible —con probable y nunca asegurado éxito— a partir de los cuarenta —*Life begins at forty*.

Duodécimo: Qué los viejos tenemos que hacer méritos para obtener el respeto de los jóvenes, sin apelar a derechos *divinos* que nunca hemos tenido o a delegaciones *divinas* que, en ciertas épocas, han *creído* tener los viejos.

Decimotercero: Que los *méritos humanos* a hacer los viejos ante los jóvenes se reducen a tres: *primero*, haber sido plena y públicamente jóvenes; *segundo*, reconocer el derecho de ser jóvenes a los que lo son aún *por divino tesoro*. Derecho de hacer lo que nosotros, de jóvenes, hicimos frente a nuestros *viejos*, y alg más: *derecho de ser poetas* —inventores, innovadores, genios ... — e *uev s* formas de vida social, política, religiosa, científica; *tercero*, ayudarlos —*servirlos*— a realizar sus ideales, sus *anhelos*, sus novedades.

(Como se dice en la jerga política: realizar en el Gobierno el programa de la oposición.)

Si nuestros viejos —los *viejos* de los viejos: de los que *¡oh* perdularios de divino tesoro!, somos ya viejos— hubieran cumplido con las tres condiciones, sobre todo con la segunda y, ante todo y sobre todo, con la tercera, no seríamos los *viejos* actuales unos *resentidos* de que nuestros viejos nos condenaron eficazmente a ser repetidores, *acólitos*, *pedisecuos*, *doctrinos* suyos.

Caigamos en cuenta los *viejos* actuales de que los jóvenes actuales no tienen por qué pagar el resentimiento nuestro hacia nuestros viejos. No se lo hagamos pagar. Así no haremos de ellos otra generación de *viejos resentidos* —cual lo somos, por escandalosa y gritonamente esedificante mayoría, los *viejos* actuales, fuera de honorosas, rarísimas y edificantes excepciones.

Cuanto más y más ruamente notemos los viejos que los jóvenes se nos sublevan persemos —duélanos lo que nos doliere— si no estaremos condenándolos —con todas las de la Ley o leyes— repetidores, *acólitos*, *pedisecuos*, *doctrinos* de algo *eterno, inmutable, insuperable, supremo, perfecto, idéntico por siglos de siglos*; si no se nos sublevarán porque estamos asesinando en ellos *al niño, al joven* —la novedad en ger-

men, el genio en capullo, la generosidad, frescura, lozanía, entusiasmo de alma y cuerpo.

Y si decimos que los jóvenes actuales no son eso; ¿de quién, ¡rediantre!, preguntaré, son hijos?

Buen viejo no es un joven, renegador de viejo de todo lo que fue afirmador de joven. El viejo que crea ser su deber renegar de lo que fue (hizo) de joven que se calle por vergüenza: de vergüenza ante el joven que él mismo fue.

No aspiremos los viejos a otro mejor y mayor elogio sino al de que los jóvenes nos llamen afectuosamente *nuestros* viejos.

Y consolémonos —discretamente, con su granito de duda cartesiana o abstención fenomenológica— con que se puede ser *joven de alma y viejo de cuerpo*.